



Dictadura: violencia física y violencia simbólica

Pardo P., Hernán*

El que todos podamos asumir una actitud crítica con respecto al pasado reciente es una forma de colocar un límite para que los errores cometidos no vuelvan a repetirse y para evitar que éstos, como fantasma recurrente, se nos introduzca a cada instante en nuestra convivencia cotidiana.

Esta actitud crítica debería abarcar, por una parte, el período del gobierno de la Unidad Popular (UP) con todos los actores involucrados, tanto los partidos de la UP, grupos de extrema izquierda, partidos de oposición, gremios de trabajadores y empresariales, FF.AA. etc.

En este período deberían asumirse aquellos errores políticos más gruesos y conflictivos; tales como ciertos abusos cometidos en la política de expropiaciones, sobre todo en la reforma agraria o en contra de las medianas y pequeñas empresas, cuya responsabilidad cae fundamentalmente en el gobierno de la UP. pero también en ciertos grupos de extrema izquierda. Pero este y otros errores, deben ser situados en el ámbito que les corresponde: es decir, en el ámbito de lo político por que correspondieron a ideologías y conductas que se dieron dentro de ese ámbito. Para ser más preciso: ninguno de estos errores significó fusila-

mientos, crímenes, violación de mujeres, torturas a prisioneros o desaparecimiento de opositores por la vía de haber sido lanzados al mar o a los cráteres de algún volcán.

El segundo período, el de la dictadura, cuyos hechos más relevantes y que incluso lograron opacar, sin quererlo, los errores políticos señalados anteriormente, se refiere! por el contrario, justamente a la violación de esos derechos humanos y por lo mismo tienen que ver con otro ámbito de problemas: el de los valores morales que sustentan la convivencia en la mayor parte de las sociedades civilizadas actuales.

En efecto, el desarrollo evolutivo de la humanidad ha llevado también al desarrollo de una moral normativa cuyos principios han sido institucionalizados y hecho suyos por las propias Naciones Unidas y que establecen la obligatoriedad del respeto a ciertos derechos humanos básicos y que, convertidos en Derecho Universal, fueron esgrimidos por España en el caso Pinochet. A estas alturas del desarrollo de la humanidad dichos valores y principios morales no pueden contextualizarse para justificar su violación - Por lo tanto, existe hoy un límite dentro del cual deben ser juzgadas las conductas que violan tales derechos en las sociedades modernas y es dentro de

* Sociólogo.

Dirección: Marchant Pereira 1050. Dto. 601 Telf. 2694557 Santiago E. Mail: Yerma@ctcreuna.cl

esos límites donde deben juzgarse los hechos delictuales cometidos por la dictadura. Por lo tanto, aunque se quiera, ambas conductas no pueden ser equiparables al momento de un juicio de ambas situaciones.

Cada vez asombra más el grado con que se persiguió a los opositores del gobierno militar y el apoyo con que a esta altura del conocimiento de esos hechos, contó y aún cuenta el régimen dictatorial pasado, sobre este fenómeno versa este ensayo.

Lenguaje y construcción de la realidad social

En el presente trabajo se analiza el papel que tanto el lenguaje como en general el llamado mundo de lo simbólico, jugaron en la formación de imágenes y actitudes durante el período de la dictadura. Como veremos, el monopolio exclusivo de los medios de comunicación, se presta fácilmente para que el poder autoritario proporcione, mediante la manipulación del lenguaje, formas coactivas de interpretación de la realidad que ese poder absoluto quiere significar. Aun más, el uso de la violencia simbólica, suele preceder a la preparación un posterior golpe de estado, como ocurrió en Chile antes de 1973. Y es que una dictadura, de cualquier tipo que ella sea? no se satisface sólo con apoderarse y disponer de las personas, sino que además trata de imponer a la sociedad en su conjunto una forma de interpretar el mundo que sea funcional a su proyecto de país.

En todas las sociedades, las percepciones sociales, las lecturas o interpretaciones que hacen los individuos y grupos acerca de su propio quehacer y de la realidad social que ellos mismos construyen, tiene que ver con valores y normas sociales, con su cultura y con procesos psicológicos de formación de

personalidad, entre otros, factores. Por lo tanto, estas percepciones o interpretaciones de la realidad no surgen de la mente en blanco de los individuos, se constituyen con base a una herencia cultural y dentro de un proceso de socialización.

Lo que denominamos realidad, desde un punto de vista social es una realidad construida socialmente, en un proceso comunicativo de sus actores, mediados por el lenguaje. En este proceso comunicativo, dialógico, los actores legitiman o deslegitiman, aceptan como válidas o rechazan las normas que rigen la acción social. Cuando estas normas se institucionalizan, se configuran como reales para sus actores. Como afirman los filósofos del lenguaje para referirse a la realidad social: "nada existe más allá del lenguaje" Y siguiendo a Habermas: "No es descabellado entender el lenguaje como una especie de metainstitución de la que dependen todas las instituciones sociales. Pues la acción social sólo se constituye en la comunicación en el lenguaje ordinario. Pero es notorio que esta metainstitución del lenguaje como tradición depende por su parte de procesos sociales que no se agotan en nexos normativos. El lenguaje es también un medio en que se reproduce el poder social. Sirve a la legitimación a las relaciones de poder organizado. Y en la medida en que las legitimaciones no declaran la relación de poder que ellas posibilitan, en la medida en que tal relación de poder no hace sino expresarse en tales legitimaciones, el lenguaje es también ideológico" (J. Habermas, pág. 257, 1990).

Con las naturales diferencias individuales y de posición social, las sociedades coexisten con ciertos consensos básicos y ciertas identidades comunes, lo que permite la convivencia y la comunicación normal entre grupos e individuos; esto es lo que hace posible la integración social. Pero el problema surge cuando se llega, por parte de los diferentes grupos, a interpretaciones de la realidad tan tajantemente opuestas y a veces irreductibles que hacen de la convivencia social y de esos consensos básicos, algo imposible de mantener, al punto de afectar la propia integración social y la gobernabilidad del país. Pérdida de los consensos básicos y pérdida de identidad, son, desde un punto de vista sociológico, alguno de los problemas que surgen de esa crisis de integración social. Es un punto de crisis que se manifiesta en que las fuerzas que tienden a la integración social, se debilitan ante las fuerzas que tienden a la desintegración del sistema. Esto es lo que ocurrió en Chile en 1973.

Poder y lenguaje

De acuerdo a lo anterior la importancia del lenguaje radica no solo en que describe, sino que otorga sentido a la realidad que construyen los actores. Pero además, en regímenes autoritarios, el poder puede, coactivamente, manipular el lenguaje entregando interpretaciones de la realidad, que estén de acuerdo a los deseos del poder autoritario.

Un ejemplo de lo anterior fue la denominación empleada por la junta militar para designar el derrocamiento del gobierno de Salvador Allende: Ese acto para los militares, no fue un golpe de estado, se busco para designarlo, una denominación aparentemente más inocua: pronunciamiento militar. Pero ocurre que pronunciamiento militar, de acuerdo al

diccionario significa: rebelión militar. La historia esta llena de este tipo de juegos que se hace con el lenguaje a fin de encubrir una realidad que se desea ocultar; así por ejemplo la definición que del indígena hizo el encomendero en tiempos de la colonia fue de "animal silvestre carente de alma", se buscaba, con esta denominación, someter al indígena a todo tipo de explotación. Sill que la conciencia sufriera graves problemas. O los casos más recientes en la historia como la calificación de raza inferior o impura que los nazis imputaron a los judíos, o también el estigma de enemigos del socialismo, en tiempos del stalinismo.

Así también en el periodo de la dictadura, el discurso oficial estuvo plagado de palabras, algunas de connotación positiva y que eran patrimonio del régimen tales como: orden, nobleza, patriotismo, sacrificio, salvadores de la patria, constructores de la nueva sociedad, etc. Otras de connotación negativa: comunismo, desorden, terrorismo izquierdista, enemigos de la patria, guerra interior, subversión, etc., endosadas a los "enemigos de la patria".

Las anteriores denominaciones conformaron la estructura de la mayoría de los discursos y proclamas emanadas del gobierno militar y difundidas por la totalidad de los medios de comunicación, enteramente controlados por el gobierno. Toda esta especie de arquitectura lingüística venía precedida por un llamado Plan Z, construcción publicitaria que apelaba a imágenes caóticas, mostrando, en escenarios de terror, lo que le ocurriría a los opositores del gobierno de la UP. En un panorama que mostraba una sociedad en situación de grave anomía social y sin posibilidades de salida democrática. Mientras, por otro lado, se ocultaba la labor desestabilizadora realizada por esas mismas fuerzas opositoras al Gobierno de la Unidad Popular.

Tales imágenes, creadas por la mente de expertos en la materia, se proyectaban en un lenguaje cuyo propósito era hacer real en la mente de los chilenos la división entre amigos y enemigos y poder llevar a cabo, sin límites morales, la peor represión ocurrida alguna vez en Chile contra opositores políticos. En este sentido, el término "humanoide" acuñado por un miembro de la junta militar, no fue un simple desliz del lenguaje, era la autoconvicción de que se estaba actuando con seres no poseedores de conciencia o de alma, como afirmaban los encomenderos del indígena.

Esta conversión del sujeto real, en símbolo del mal, logra penetrar más fácilmente en sectores de menor formación cultural donde, por lo mismo, les es más difícil desentrañar lo ideológico del mensaje. En cambio, para aquellos sectores políticos civiles que estuvieron cogobernando con los militares, se insensibilizaron frente a los crímenes y torturas, se debió a una evaluación propia de una racionalidad de tipo estratégico, en el sentido de aceptar la situación a cambio de las ventajas económicas y de poder que le otorgaba el gobierno de los militares.

Lo concreto es que cuando el poder es absoluto, puede ejercer, mediante el lenguaje, una interpretación coactiva de la realidad, (dividiendo la sociedad entre amigos y enemigos del poder, por ejm.) o ya sea otorgando significados al lenguaje, filtrando de antemano la información o entregando solo aquella que el poder considera funcional a sus propósitos.

Casi dieciocho años de dictadura, no solo lo fueron de violencia a las personas sino, de esa violencia simbólica no menos importante, y no sólo de palabras, sino además de imágenes y rituales que trataban de reforzar mitos tales como: "salvadores de la patria", "nuevos constructores de la sociedad", "ga-

rantes de la nueva institucionalidad", etc. y siempre remitiendo el discurso a un pasado reciente "oprobio y humillación para la patria". Por otra parte, las instituciones militares son más proclive que cualquier institución civil a albergar y generar mitos, símbolos y leyendas, por lo que no es difícil que allí se hayan arraigado fuertemente muchos de aquellos mitos que se divulgaron durante los años de la dictadura.

La monopolización de los medios de comunicación hacen posible que estos actúen como mecanismos productores de sentido para aquellos expuestos a tales medios. Esto posibilitó sin contrapeso la manipulación discursiva, el simulacro de verdad, haciendo aparecer como verdaderas, mediante la entrega de códigos de interpretación, imágenes y propuestas de los centros del poder. Los receptores del mensaje en una situación de no libertad como la descrita, no tienen la opción de aceptar o rechazar, sino más bien la de no poder no aceptar el mensaje propuesto (ver Lozano y otros, pág. 81-82. 1997).

Los rituales de la crueldad

Durante la dictadura, la fijación de imágenes de héroes o salvadores de la patria de los que se hacía gala, debió justificarse cotidianamente. En algunos pueblos primitivos, después del triunfo sobre el enemigo, con los prisioneros, se realizaba el rito de la sangre. Esto consistía en beber la sangre del vencido o comer alguno de sus órganos, con esto, los poderes del enemigo, se trasladaban a los vencedores haciéndolos aún más poderosos. En el régimen militar ¿cómo explicar tantos crímenes inauditos e innecesarios que se cometieron, sino es por el propósito de seguir afirmando la imagen de vencedores y de héroes inventables ante sus adherentes? Dada su ilegítimi-

dad, el gobierno de Pinochet debía diariamente justificarse, por ello se apeló con tanto énfasis a la existencia de enemigos, tanto internos como externos ..

...Y en este círculo perverso no puede admitirse que en la realidad, nunca se luchó contra otro ejército -cuando más pequeños comandos armados- que tales enemigos fueron fusilados por la espalda, y tiroteados en el suelo, sacados de improviso de sus lechos con niños pequeños y madres aterrorizadas. mujeres violadas, hombres y mujeres torturados delante de sus familiares más queridos. Aunque no quiera admitirse, esa fue la real rutina de una gesta que siempre se trató de hacer aparecer como una guerra entre dos ejércitos, de otra manera, cómo merecer el papel de héroes o de justificar tanto crimen absurdo?

Hay rasgos de cultura autoritaria en el chileno?

Pero este es un punto de la explicación, la otra parte de esta, probablemente se encuentre en los receptores de los mensajes y en las predisposiciones motivacionales de algunos grupos para aceptarlos. Sobre esto son conocida algunas manifestaciones y acciones que revelan cierta personalidad autoritaria que atraviesa todos los sectores de la sociedad chilena, tanto altos, medios, como bajos. Ejemplo de lo anterior es el mal trato dado a los niños en los hogares, el papel subordinado de la mujer en la sociedad, el autoritarismo que reina en el interior de la mayoría de los lugares de trabajo, o incluso en el mismo sistema escolar. Estos rasgos autoritarios probablemente se han acentuado en el chileno de hoy, después de los años vividos en dictadura.

Por otra parte, en Chile si bien la adhesión a valores democráticos es mayoritario en la población, (el 53 por ciento adhiere a ellos

según PNUD) es sin embargo menor de lo esperado y sitúa a Chile en rangos de adhesión menores que varios países en América Latina.

Todo lo anterior hace pensar que algo ocurre en ciertos sectores de la sociedad chilena que los hace alimentar rasgos de una cultura autoritaria, no democrática y que se observa, tanto en la vida pública como en la esfera de lo privado, sobre todo, familiar . Si ciertas nostalgias autoritarias procedieran de sectores políticos de derecha, no es tan difícil entender las razones; más complicado y peligroso es cuando estas se albergan también en otros sectores no comprometidos desde el punto de vista del poder o por razones económicas, con el régimen pasado. Esto último es lo que se necesitaría investigar para evitar proporcionar un piso social gratuito a cualquier nuevo intento antidemocrático que se pudiese albergar en la mente de algunos nostálgicos del pasado.

Probablemente todo lo anterior, si bien incompleto, ayuda a explicar en parte los apoyos que aun mantiene Pinochet en algunos sectores de la sociedad. Particularmente es en ciertos sectores populares donde más claramente se observa la capacidad que tiene el poder, cuando es absoluto, de proporcionar significados lingüísticos que hacen posible interpretar la realidad de acuerdo a los deseos del poder. Esta interesante cita tomada de G. Balandier, explica aún mejor lo afirmado más arriba: "La ideología política esclerótica utiliza la "lengua de madera", habla para no decir nada. El poder político se designa por el lenguaje al que recurre, por el que intenta obtener el consenso de los súbditos. Debe asegurar una demarcación lingüística. Obra principalmente por imágenes y símbolos, aunque también por las palabras que le son propias, amparándose en su poder. Esto se reconoce ahora. La argumentación en su forma más simplificada, se reduce a tres proposiciones: todo sa-

ber es lenguaje, todo aprendizaje de lenguaje produce un dominio sobre un sector de lo real, todo poder se emplea y se ejerce, en consecuencia, por medio de un lenguaje particular. La política no escapa a esta regla. Las palabras y los silencios son una parte de la sustancia del poder que este establece. Buscan tanto el efecto como la información, intentan una influencia duradera sobre los gobernados. Lo que permite al discurso político tener en ciertas circunstancias un contenido pobre o repetitivo- por que ante todo, importa la manera de decirlo- o cargado de ambigüedades- ya que la polisemia hace posibles interpretaciones múltiples, enmascara las diferencias y divergencia de intereses-. El poder de las palabras, reconocido y dominado, engendra una retórica, es decir, el recurso a un léxico específico, a fórmulas y estereotipos, a reglas y modos de argumentar (Balandier, 1988:104).

En otras palabras, y tal como lo afirman tanto Habermas como Balandier, el lenguaje además de ser el medio por el cual se constituye o se institucionaliza la acción social, puede también ser usado para reforzar relaciones de poder surgido en **forma** no democrática, no dialógicas, ayudando de este modo a legitimar instituciones surgidas autoritariamente del seno de poderes dictatoriales.

Enmascarar la realidad, simularla mediante un astuto uso de los medios de co-

municación y del lenguaje, marcar con símbolos expresivos al enemigo, todo ello fue una estrategia de la dictadura con el fin de aparecer como el poder necesario, sin alternativas, para implantar un orden dentro de un desorden en gran parte, producto de una conspiración previa.

Este breve análisis sólo pretende llamar la atención acerca de un aspecto del complejo mundo simbólico y real en que se basó la dictadura para gobernar y cuyos efectos en la actual cultura y personalidad del chileno es algo poco conocido, pero que sería interesante investigar, porque probablemente ayudaría a entender mejor parte de la violencia que a diario vemos reflejada en los medios de comunicación. Por de pronto en las anteriores líneas sólo hemos querido proporcionar algunos senderos donde adentrarse en la búsqueda de una explicación sobre ese sórdido mundo de crueldad vivido durante tantos años y cuya responsabilidad, hoy nadie se atreve a asumir.

Bibliografía citada

- Jurgen, Habermas (1990). **La lógica de las Ciencias Sociales**, Edt. Tecnos, Madrid.
- Balandier, Georges (1985). **Modernidad y Poder, el desvío antropológico**, Edt. Júcar Universidad, Madrid.